

*El presente documento constituye el anexo del XI informe de Análisis de Coyuntura Latinoamericana que cubre el período abril - junio 2011*

## De América Latina a *Abya Yala*: el nuevo despertar de lo indígena\*

Las políticas homogeneizadoras y *civilizatorias* fomentadas sobre todo a partir del I Congreso Indigenista Interamericano celebrado en Pátzcuaro (México, 1940) y sus ulteriores *institutos indigenistas* asimilacionistas, parecían estar llegando a su pleno éxito en casi todo el continente, al menos con relación a los pueblos más numerosos y que ya llevaban cuatro siglos de contacto con la colonia y los ulteriores estados latinoamericanos. Se los estaba reduciendo a la categoría económica genérica de *campesinos*, muy en línea con las nuevas corrientes mundiales modernizadoras uniformadoras tanto en regímenes de izquierda como de derecha. Parecía que con ello ya se había dado el golpe de gracia para enterrar la diversidad étnica y cultural. Se imponía la América mestiza.

Pero sobre todo desde finales de los años 60, el componente étnico de éstos y otros nuevos movimientos empieza a sacarse aquella máscara, en unos países antes que en otros. Los factores principales que llevan a este cambio de estilo son los siguientes:

El desencanto, por el fracaso e insuficiencias del modelo anterior, lleva a esos pueblos indígenas *campesinizados* a refrescar su historia y memoria larga. Así ha ocurrido en Bolivia, Ecuador y más tarde en México (Chiapas). Otros intentos en Guatemala y Perú quedaron cortados bruscamente.

La emergencia pública de pueblos indígenas antes periféricos y, por tanto, menos erosionados, al sentirse amenazados por la penetración de empresas, grandes proyectos y nuevos asentamientos. Su insistencia ha contribuido también a refrescar esta dimensión étnica y territorial en los pueblos indígenas de viejo contacto. Así ha ocurrido, por ejemplo, en sectores andinos *campesinizados* por influencia de sus vecinos amazónicos.

Más tardíamente, a esos factores internos se añadió con fuerza una nueva corriente internacional, a partir del derrumbe del hoy

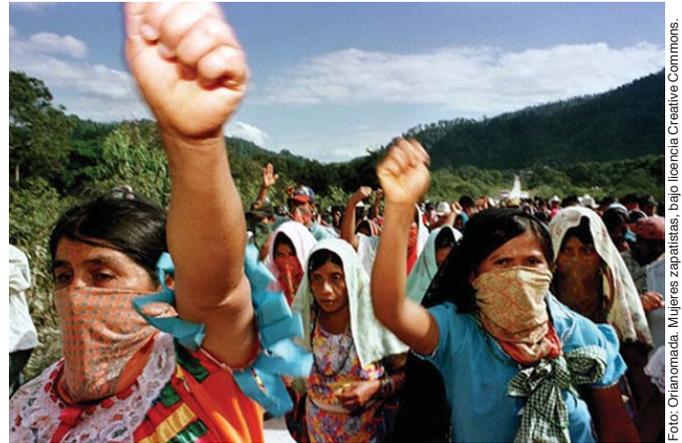


Foto: Orianomada. Mujeres zapatistas, bajo licencia Creative Commons.

llamado *socialismo histórico* en el este de Europa, simbolizado por la caída del Muro de Berlín en 1989. Sorprendió la rapidez y hasta virulencia con que de la noche a la mañana pasaron a primer plano los conflictos étnicos precisamente en aquellos países viejos y nuevos que, hasta la víspera, habían proclamado la primacía casi absoluta de la lucha de clases.

Otras corrientes internacionales fueron igualmente favorables como el creciente énfasis en el derecho a ser *diferentes*, iniciado con el movimiento feminista mundial, resaltado también por otras minorías culturales étnicas o no. Era ésta una faceta nueva dentro de los derechos humanos hasta entonces concebidos de una forma más individual y uniforme. El movimiento verde o ecológico ayudó a su vez a resaltar que eran precisamente muchos pueblos indígenas los que durante siglos habían sabido convivir de manera mucho más armónica con la naturaleza incluso en áreas particularmente difíciles y vulnerables.

Por esta convergencia de factores primero más internos y pronto otros más externos, la problemática indígena ha pasado a un primer plano también en todo el continente latinoamericano.

El año 1992 puede considerarse la fecha emblemática de todo este cambio de paradigma. Desde los estados se pretendió celebrar como hito fundamental del descubrimiento, la civilización, evangelización, etcétera o, en el mejor de los casos, como *El encuentro de dos mundos* (López Portilla). Pero un tanto inespe-

\* Este anexo fue elaborado por: Xavier Albó, s.j. Consejero del P. General para el Diálogo Interreligioso – Religiones indígenas de América, trabaja en el Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (Cipca) Bolivia y en la revista *Cuarto intermedio*.

radamente fueron los países más indígenas del continente quienes mayor capital simbólico acumularon en esa ocasión. En 1991 tras reuniones continentales en Guatemala y Ecuador arribaron a una sugerente propuesta alternativa: celebrar por todas partes sus *500 años de resistencia*. En 2000 hubo también multitud de marchas indígenas que confluyeron a Porto Seguro con motivo del V centenario de la llegada, quizás casual, de Cabral al Brasil.

## Rápido recorrido continental

Veamos a grandes pinceladas impresionistas cómo esos períodos se presentan en diversos países, empezando por los cinco que concentran quizás 90% de la población indígena continental. En cada país incluyo una estimación sólo aproximada y no muy actualizada de los millones [m], grupos étnicos o lingüísticos [g] y porcentaje [%] de su población indígena.

### México (10m, 62g, 10%)

El paso al esquema asimilacionista se inició a partir de la Revolución de 1917 y su institucionalización desde los años 30 mediante el partido único PRI (Partido Revolucionario Institucionalizado). Por el camino, gran parte de los inicialmente mayoritarios indígenas fueron transformándose en *campesinos* salvo aproximadamente 10% del total nacional. Los censos, al definir a los indígenas sólo por la lengua y casi sólo en áreas rurales, han facilitado lo que Bonfil Batalla llamó *etnocidio estadístico*. El Estado pretende mantenerlos hasta hoy bajo su tutela paternal y asimiladora del Instituto Indigenista y sus sucesores.

Los estados colindantes de Oaxaca y Chiapas, ambos con alta densidad indígena, muestran quizás los dos extremos a los que se podía llegar con esta forma de relación. En el primero, más marcado por la Revolución Mexicana y gobiernos locales relativamente abiertos a su temática indígena, se han llegado a reconocer municipios indígenas regidos según sus usos y costumbres, con tamaños que pueden ir desde pequeñas comunidades de apenas cientos de personas hasta ciudades intermedias significativas. En cambio en Chiapas, uno de los



**Chiapas, uno de los estados más ricos en recursos naturales, ni siquiera llegó la reforma agraria y hay una permanente tensión entre los indígenas y los grupos de poder, incluidos grandes terratenientes asociados al PRI**

estados más ricos en recursos naturales, ni siquiera llegó la reforma agraria y hay una permanente tensión entre los indígenas y los grupos de poder, incluidos grandes terratenientes asociados al PRI, no sin periódicas masacres represoras.

Pero sorprendentemente, el 1° de enero de 1994, día en que se ponía en marcha el TLC con Estados Unidos, el alzamiento del EZLN en Chiapas, con mayoría indígena y otros aliados, mostró que también en ese modélico país *mestizo* llegaba el nuevo paradigma, con una notable incidencia tanto en los demás indígenas mexicanos como en el mundo. Volveremos a ello más abajo.

### Guatemala (3,5-6m, 23g, 43-49%)

En este país altamente indígena, semejante a Chiapas, el paso del período colonialista al asimilacionista se intentó hacer, con una fuerte sensibilidad social, sobre todo durante el período de apertura socialista de Arévalo y Arbenz (1944-1954). Pero el golpe militar de Castillo Armas restauró bruscamente el esquema precedente y dio inicio a una larga y aguda represión armada excluyente. En 36 años se estima un total de 100 a 200 mil muertos violentamente, en su mayoría indígenas. Destruían a los mayas para poder *redefinir* mejor qué debe ser *el verdadero maya*.

La reemergencia fue iniciada por los propios indígenas asociados al CUC (Rigoberta Menchú, por ejemplo) y/o involucrados en guerrillas (como el EGP), donde empezaron a percibir que ellos ya tenían su propio *socialismo comunitario*. Pero la transición se consolida recién con el retorno a la democracia y los acuerdos de paz, en particular el dedicado a *Identidad y derechos de los pueblos indígenas* (diciembre 1996) y con el surgimiento de organizaciones como Majawil Q'ij y la Coordinadora Nacional Indígena Campesina (Conic). Fue un duro revés la pérdida del referéndum de 1999 (con 82% de ausentismo, mayor en áreas indígenas), en que debían aprobarse las enmiendas constitucionales trabajosamente elaboradas en esa línea, con retroceso al menos de corto y mediano plazo, cuyas consecuencias duran hasta hoy, incluso en los recientes procesos electorales más democráticos.

**Perú (4-9m, 49-52g, 35-40%)**

**Ecuador (1-4m, 10g, 7-35%) y Bolivia (5m, 33g, 62%).**

Es útil comparar simultáneamente lo que ocurre en estos tres países cuya parte andina y costera fue históricamente parte del mismo Imperio incaico Tawantinsuyu y que en gran parte de la colonia fueron asimismo parte del mismo virreinato de Lima.

Hasta principios del siglo XX la iniciativa de lo que allí ocurría estuvo sobre todo en el Perú, con el estilo de indigenismo propuesto, entre otros, por Mariátegui. En los tres países ocurren entonces rebeliones contra hacendados dentro del viejo estilo anti-colonialista alimentado ya por las nuevas ideologías socialistas. Una de las más notables exponentes de esta fase fue la indígena quichua ecuatoriana Dolores Cacuango, asociada a la comunista Federación Ecuatoriana de Indios (FEI). Pero el paso decisivo al esquema asimilacionista fue realizado sobre todo por Bolivia con su revolución nacional de 1952, que con la reforma agraria de 1953, la sindicalización campesina, el voto universal, la escuela rural castellanizante y otras medidas aseguró un masivo y militante apoyo *campesino* quechua y aymara. Sobre todo en 1968-74 tuvo un significativo eco en Perú con la reforma agraria y demás medidas de Velasco Alvarado y, desde un poco antes, también en Ecuador con sus reformas agrarias de 1964 y 1973 que liquidaron también, más suavemente, los sistemas de servidumbre del viejo régimen.

Entre tanto, ya desde fines de los 60 empezaba a surgir el nuevo paradigma indígena en dos frentes, uno en Bolivia con el movimiento aymara katarista en el contorno de La Paz, sede de gobierno, y el otro en la selva amazónica ecuatoriana, iniciado por los shuar y que desembocó en una confederación de todos los pueblos amazónicos; algo más tarde surgía un movimiento comparable de los quichuas llamado Ecuarunari (sigla silábica que significa: *el despertar de los indígenas del Ecuador*).

Poco a poco estos movimientos han ido tomando cuerpo en ambos países dando lugar a nuevas organizaciones y –consolidada la democracia– hasta partidos políticos más complejos que en Bolivia llevaron a la presidencia a Evo Morales, primer presidente militantemente indígena de todo el continente que se mantiene con un creciente apoyo electoral, y en Ecuador han llevado también a lograr acariciar momentáneamente la opción de ser gobierno, como veremos más adelante.

¿Por qué el Perú, ubicado entre ambos y pionero en el redescubrimiento del indio en el siglo XX, se quedó tan trancado en el anterior modelo asimilacionista, al menos en su área andina? Una explicación más estructural es el vuelco masivo de la Sierra a Lima y a la Costa relativamente pronto en el siglo XX. A ello se añadió



Foto: nomades. Quechua, bajo licencia Creative Commons.

durante los años 80 y parte de los 90 el problema de Sendero Luminoso hasta principios de los 90, que a muchos no permitía mirar más allá de la sobrevivencia. Deshizo muchos tejidos sociales, aceleró mayores emigraciones y, como saldo, según el informe final *¡Nunca más!* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003), dejó 70.000 muertos, de los que casi 75% eran quechuas, aparte de los aymaras, ashaninkas, machiguengas

---

### **¿Por qué el Perú, ubicado entre ambos y pionero en el redescubrimiento del indio en el siglo XX, se quedó tan trancado en el anterior modelo asimilacionista, al menos en su área andina?**

---

y otros. Después, ni el autoritarismo de Fujimori ni la retórica inicial del presidente Toledo y su esposa belga, antropóloga y quechuista, modificaron el panorama; la total eliminación del tema en el censo 2005 mostró el poco interés real para hacerlo. Recién en los últimos años el asunto ha resurgido sobre todo a partir de las amenazas que sobre sus territorios representa la penetración de grandes empresas multinacionales, tanto las petroleras en la Amazonía como las mineras en la Sierra e incluso en la Costa. La emergencia de Ollanta Humala, preanunciada en la primera vuelta electoral de 2006 y confirmada en la de 2011, son un hito más en este giro.

En los demás países la presencia indígena es significativamente menor en términos tanto absolutos como relativos y está con frecuencia diferenciada en grupos étnicos cuando más numerosos más minúsculos. Pero también allí se percibe esa evolución.

### **Otros países centroamericanos**

En todos hay sus minorías indígenas relativamente activas. Salvo en El Salvador, que en 1930 masacró a los 30 mil que seguían llamándose indígenas, ahí ha habido un menor proceso de *campesinización* tal vez porque, al tratarse sólo de minorías, su especificidad y reclamos ya no se perciben tanto como amenaza real para el Estado-Nación. Pero en todas partes las amenazas empresariales (turísticas, mineras, petroleras, forestales,

ganaderas, etcétera) son permanentes, motivando demandas, marchas, etcétera.

El caso más notable de resistencia y desarrollo es probablemente el del pueblo kuna, en **Panamá** (0,2m, 7g, 8%), que ya en un temprano 1938 consolidó su bello territorio o *comarca* Kuna Yala, al este, con significativos márgenes de autonomía y desde entonces ha logrado frenar una y otra vez los intentos de la industria hotelera internacional y, después, de empresas mineras. En el oeste los Ngove llevan también años peleando con éxito frente a una gran empresa minera.

En **Nicaragua** (0,4m 10-14g, 10%). Los tres más famosos son los de la Costa Atlántica, a los que durante la guerra sandinista el presidente Reagan quiso cooptar. Durante el primer gobierno sandinista éste debió mejorar también su sensibilidad étnica y al fin se logró la Autonomía Regional de la Costa (N y S), una primicia continental, en que según las coyunturas políticas ha habido diversas tensiones entre las visiones indígenas, las alianzas políticas, los intereses regionales y en ellos el manejo del bosque o megaproyectos como el *canal seco* interoceánico.

En la costa de **Honduras** (0,5m, 7g, 7%) hay la mayor concentración del pueblo *garífuna*, el único de habla y ancestro indígena caribeño y a la vez africano, presente también en Belice, Guatemala y Nicaragua. Tiene la particularidad de participar militantemente tanto en esos movimientos indígenas como en los afroamericanos.

### **Colombia (0,5m, 81g, 2%)**

Ya desde la colonia y la primera república, buena parte de su población indígena perdió esa identidad; aunque entre 1910 y 1956 resistía el nasa Quintín Lame (+1968). Tras la *descafeinada* reforma agraria de los años 60 se creó la organización *campesina* ANUC (1970) con su doble rama, una más oficialista y otra más autónoma. Pero ya en 1971 el pueblo nasa se desmembró de esta última, por sentirse mal representados en su especificidad étnica y creó el CRIC, lo que estimuló a otros pueblos a hacer lo mismo hasta la creación de la organización nacional ONIC en 1982. Los indígenas, siendo apenas 2% del total, tuvieron una notable participación en la Constituyente de 1988 y posteriormente han logrado la legalización de buena parte de sus territorios (*resguardos*), que ocupan aproximadamente 20% del país. Pero la ocupación real de éstos así como la vida de estas organizaciones viene muy condicionada por la situación general de violencia y por los intereses e influjos externos en el país.

### **Venezuela (0,5m, 28g, 6%)**

Aunque presente, la problemática indígena nunca había llegado muy arriba en la agenda nacional de este país tan



Foto: FAMSI. Pueblo Garifunas, bajo licencia Creative Commons.

marcado por el petróleo, salvo en el área *wayú*, compartida con Colombia. Recién la nueva Constitución Bolivariana (1999) de Chávez ha provocado un proceso altamente participativo y una de las normativas indígenas más avanzadas del continente. Pero otro asunto es si se cumple, como dramatizó en 2010 la huelga de hambre del jesuita José M. Korta y varios indígenas con los que él tanto ha convivido.

### **Chile (1m, 3-6g, 5-10%)**

A lo largo de la colonia y primera república, el pueblo mapuche fue uno de los que mostró mayor resistencia histórica a ser conquistado y mayor habilidad para relacionarse de igual a igual con los *winkas* o *chilenos*. Pero la conquista militar expansiva del Estado chileno primero hacia el norte boliviano y peruano (1879) y enseguida hacia el sur hasta la paradójicamente llamada *pacificación* de la Araucanía en 1881, provocó un temprano y acelerado proceso de *chilenización* asimiladora de los pueblos aymara, mapuche y otros menores. Uno de los factores clave fue la desestructuración de sus territorios. Años después Pinochet llegó a afirmar que en Chile ya no había indígenas sino *sólo chilenos*.

Frente a ello, el censo de 1992 arrojó un sorpresivo 10% de indígenas, mayormente mapuches (que, por una reformulación de

la pregunta censal, en el censo 2002 rebajó a la mitad en los mapuches pero se duplicó en los aymaras). Estas cifras muestran ya la fuerte reemergencia de su conciencia étnica, incluso entre los mapuches en las ciudades donde vive ya casi la mitad. Se movilizan sobre todo para el reconocimiento e incluso recuperación de parte de sus territorios ancestrales frente a la inconsulta penetración que en ellos han tenido grandes empresas madereras, eléctricas y otras. Por esos intereses empresariales el Estado chileno ha sido muy renuente a ratificar el Convenio 169 de la OIT y, cuando finalmente lo hizo en 2008, intentó incluir una cláusula restrictiva del artículo 35, no aceptada por la OIT. Además, ante algunas tomas de fundos e incendios forestales provocados, siguió aplicando la ley antiterrorista pese a los reclamos incluso de las NN.UU.

### Argentina (1m, 18g, 2,6%)

En el pasado el Estado hizo también notables esfuerzos primero por extinguir a sus aborígenes, sobresaliendo en el sur la Campaña del Desierto, casi contemporánea de la Pacificación y— algo más tarde— otra semejante en el Chaco. De ahí se impuso también el afán por *argentinar* a los sobrevivientes sin reconocer sus raíces. Recién en las últimas décadas se ha logrado ya un reconocimiento más formal y jurídico de la especificidad aborígen primero en varias de las constituciones provinciales (estados federados) y últimamente también en alguna norma federal, en parte por la lucha de los propios pueblos y en parte por los nuevos vientos internacionales. Es significativa la influencia de los movimientos indígenas al otro lado de la frontera, por ejemplo, en los collas y guaraní del norte, cerca de la frontera boliviana, y en los mapuches del sur, junto a la frontera chilena.

### Brasil (0,7m, 235g, 0,7%)

Según la retórica oficial, los tres componentes de su identidad nacional son los indígenas, los negros (mucho más numerosos que los primeros) y los europeos. Limitándonos al caso de los indígenas, casi no podemos hablar aquí del primer período. El estilo exterminador o al menos asimilador—de *indios a chaboclos* a sólo *brasileiros*— fue y es el dominante en el nuevo Estado Federal desde principios de la independencia, a medida que va expandiendo su modelo agrocapitalista en áreas por las que antes no había llegado aún ni siquiera el *descubrimiento*. Con Lula y Dilma Rousseff no ha cambiando en lo esencial este esquema agrocapitalista salvo en su mayor atención a los pobres, en



Foto: Cámara Acción. Mapuche, bajo licencia Creative Commons.

general. Pero persisten conflictos, por ejemplo, en el desbosque masivo y en proyectos de mega-represas.

Ya desde la época de Rondon, a principios del siglo XX, este modelo tiene como contrapunto un enfoque protector, cuyo eco actual, ya muy ambiguo, es la Funai. La reserva indígena del Parque Xingú es su mejor exponente. Desde 1972, el CIMI, de la Iglesia católica, ha pasado a ser uno de los principales aliados de los pueblos indígenas movilizados. Un hito es la permanente presencia indígena en la Constituyente de 1988 hasta lograr en ella un significativo reconocimiento constitucional; así, la demarcación de territorios indígenas (sólo concesiones sin propiedad) y su consolidación, ha permitido un crecimiento demográfico indígena mucho más rápido que el del conjunto de la población. Pero a veces la lucha es larga: los makuxis en Roraima tardaron treinta años para que, recién en 2005, se les reconociera su territorio ancestral en Raposa da Serra do Sol.

### Paraguay (0,1m, 16g, 2%)

Este país vive la paradoja de ser el de mayor porcentaje que habla una lengua indoamericana (87% habla guaraní frente a sólo 70% que sabe castellano, 2002) pero sólo 1,8% se identifica como indígena. Con el dramático bajón demográfico tras la derrota ante la Triple Alianza (1870), se perdieron incluso los indígenas guaraní de Misiones. Los nuevos gobiernos, hasta la larga dictadura de Stroessner (1954-1989), siguieron una política asimilacionista semejante a la de sus vecinos Brasil y Argentina. Hay que llegar a tiempos muy recientes para poder ver movimientos reivindicativos de estas minorías indígenas y también a una cierta preocupación del Estado por ese sector.

## La lucha por ser iguales aunque diversificados

Cabe distinguir dos grandes vertientes de demandas pero que sólo al combinarse explican la dinámica particular de este sector. Por un lado está la demanda de ser iguales a los demás ciudadanos, en reacción a su secular marginación y discriminación. Pero, por otro, hay un segundo gran paquete que es la exigencia de ser además reconocidos en su especificidad como pueblos indígenas. Estas dos grandes áreas se expresan también tanto en el Convenio 169 de la OIT (con más énfasis en la primera vertiente) como en la Declaración de Naciones Unidas 2007 (con un innovador acento en la segunda).

La demanda a ser tratados con equidad responde a su queja tan común de sentirse *ciudadanos de segunda*, discriminados por no gozar en la misma medida de los derechos comunes a todos los ciudadanos. Por eso los indígenas, al igual que otros grupos más vulnerables como las mujeres o los niños, son a veces objeto de categorías diferenciadas tanto en las estadísticas como en la fijación de planes y metas de desarrollo, incluidas las metas del milenio de NN.UU.

Sin embargo, este primer enfoque, siendo muy válido, resulta insuficiente para explicar las movilizaciones indígenas. Entra ahí la segunda vertiente que puede expresarse en el frecuente añadido: "Queremos todo esto, pero de acuerdo a nuestro propio modo de ser, a nuestra cultura e identidad". No podemos entrar aquí al detalle que aparece ya en la citada Declaración de NN.UU. Pero resaltemos el papel central que en ello ocupa su derecho a tener su propia forma de gobierno, incluidas autoridades y sus formas de nombramiento, las normas propias, el ejercicio de la justicia... y, para todo ello, un margen suficiente de *autonomía* en un *territorio* propio para poder vivir, expresarse y desarrollarse según su propio modo de ser, incluida su lengua y los ámbitos públicos en que puedan usarla, sus estilos educativos, de salud, de crear, etcétera.

Sigue pendiente, con todo, cómo aplicar estos y otros derechos en los cada vez más numerosos indígenas que ya viven mayormente en ciudades, entreverados allí con otros grupos humanos. Ello implica ulteriores adaptaciones y cambios pero no la pérdida automática de su condición étnica y los derechos que ello implica. ¿Cómo construir ciudades interculturales que no sean a la vez mata-lenguas, culturas e identidades?

## Alcance diverso de las demandas y logros

En el pasado y en muchas experiencias actuales los indígenas sólo hacían demandas locales. Pero cada vez más hay organiza-



Foto: Servindi, bajo licencia Creative Commons.

ciones indígenas con mayor fuerza demográfica y política cuyas demandas ya no se restringen a una mejor relación de estos pueblos con el Estado en sus respectivas regiones. Llevan también a un replanteamiento de cómo debe ser toda la sociedad y el Estado.

Hay que distinguir en todo ello un doble flujo, uno desde arriba y otro desde abajo. Con o sin presión desde el movimiento indígena, con o sin alianza con éste, desde el Estado se nota cierta apertura. Diversos estudios comparativos muestran que en las últimas décadas ha habido cambios constitucionales tendientes a un mayor reconocimiento de los pueblos indígenas en casi todos los países latinoamericanos.

Puede que algunos cambios desde arriba sean más audaces en países en que los indígenas son clara minoría, porque entonces estas concesiones no llegan a afectar las estructuras fundamentales del Estado. Colombia y sobre todo Venezuela, por ejemplo, han hecho concesiones constitucionales y territoriales mucho más amplias a sus minorías indígenas que otros países más marcados por su densa composición étnica, como Perú y Guatemala. Pero ni es algo automático ni una regla universal. Así, en Brasil y Paraguay persiste la dialéctica entre exterminio, asimilación y reconocimiento.

Algunos de estos cambios desde arriba quizás reflejan también intereses del enfoque neoliberal globalizante. Es probable que, desde la globalización neoliberal, determinados movimientos y concesiones a los pueblos indígenas se perciban como funcionales al sistema y otros sean vistos como disfuncionales y, por tanto, sean más resistidos. Por ejemplo, permitir cierta movilización y diferenciación étnica puede facilitar que los estados se mantengan más débiles frente a la penetración mercantilista globalizadora desde arriba y a la vez distraiga a las bases de su conciencia y organización como clase explotada. ¿Por qué será que en los cambios constitucionales de los años 90 prácticamente todos los países del continente, con regímenes progresistas o conservadores, incorporaron su rasgo *multiétnico* y *pluricultural*? Incluso ciertas titulaciones de territorios indígenas podrían corresponder a un nuevo nombre más *aséptico* y *civilizado* de lo que

antes se consideraban sólo *tierras baldías*. Pero si en esos territorios aparecen recursos naturales realmente apetecibles para el mercado, los poderosos del sistema igualmente se apoderarán de ellos. Cuanto menos, éstas son sospechas dignas de ser tomadas en cuenta.

El otro flujo hacia el cambio en el Estado surge más desde abajo. Repasemos los tres ejemplos más notables:

■ **Chiapas**, donde hubo una notable simbiosis entre algunos sectores de la clásica izquierda urbana, liderados por el llamado subcomandante Marcos, y grupos locales de clara extracción indígena, con una mutua conversión en ambas direcciones. Aunque hubo inicialmente acciones militares, lo más notable de este movimiento es más bien su incidencia motivadora —no exenta de humor y de un estilo poético con sabor indígena— en la opinión pública local, nacional e internacional a través de eventos de alto

poder simbólico como el uso sistemático de Internet para captar una eficiente solidaridad internacional o las visitas concientizadoras de jóvenes con pasamontañas —*el rostro de los sin rostro*— por todo el país. June Nash ha caracterizado a este movimiento como *la primera revolución postmoderna*. En aquellos años parece

que no pretendía tomar el poder sino sólo incidir desde ese patio trasero del país en la opinión pública nacional e internacional hacia la necesidad de crear instituciones más democráticas y participativas. Algo logró. El haberse incrustado esta piedra zapatista en la bota estatal, posiblemente facilitó la rotura del septuagenario monopolio unipartidario del PRI, la *dictadura perfecta* por su máscara democrática (Vargas Llosa). Pero, a partir del fracaso de su sesión en el Parlamento en 2001 como colofón de una larga marcha zapatista por varios estados, hubo un giro. La ley indígena que de allí salió ni respetaba los anteriores acuerdos de San Andrés ni el Convenio 169 de OIT tempranamente suscrito por México. Los zapatistas empezaron entonces a establecer gobiernos locales *de facto*, llamados Juntas de Buen Gobierno (JBG) y que persisten hasta hoy. Quien al parecer ya no participa tanto es el célebre subcomandante Marcos que, desde la nueva campaña electoral de 2005 se fue distanciando de los/las *comandantes indígenas* y sus JBG, buscando nuevas tareas más urbanas en otras partes. Ahora ya se escucha mucho menos de ese movimiento. ¿Será por estrategia o por declive?

■ **Ecuador**, a través de la Conaie y su rama política Pachatik. Pese a la cuestionable estadística oficial de apenas 6,7% de indígenas, este país ha vivido una fuerte emergencia de éstos

sobre todo a partir de lo que en 1990 se llamó *el sismo étnico*; es decir, un primer bloqueo nacional que a su vez catalizó el descontento de otros muchos grupos sociales rurales y urbanos. Posteriormente los indígenas tuvieron un rol fundamental en la Asamblea Constituyente de 1998, con propuestas muy específicas y previamente consensuadas entre ellos; éstas se tomaron muy en cuenta de modo que aquella nueva Constitución fue, por entonces, una de las más avanzadas del continente en cuanto a la inclusión de los pueblos indígenas en las estructuras del país, siendo la que más énfasis puso en sus derechos colectivos.

Pero una buena Constitución no implica necesariamente buenos gobiernos y, en la convulsión de los años siguientes, las organizaciones y partidos indígenas han seguido participando muy activamente mediante sus propias demandas, negociaciones, nuevos bloqueos y otras acciones. Jugaron un papel protagónico en la caída de Mahuad (2000) y, poco después, llegaron a formar

gobierno con Lucio Gutiérrez (2002-2005) elegido con una aureola de ex militar dispuesto a transformar el país. Los indígenas y sus aliados tomaron a su cargo ministerios tan importantes como Relaciones Exteriores, Agricultura y Educación. Pero el giro neoliberal y populista que enseguida tomó aquel gobierno les hizo

salir, con una frustración más y un debilitamiento de su organización y partido, incluyendo divisiones internas de la que aún no se ha repuesto plenamente. Este tema de las alianzas políticas casi siempre es complicado y resbaladizo.

La llegada del izquierdista Rafael Correa al gobierno en 2006, y la aprobación de su nueva Constitución en 2008 implica avances sobre todo en el primer paquete de derechos indígenas, comunes a todos los ciudadanos. Con relación a sus derechos colectivos específicos como pueblos, el avance más notable siquiera al nivel simbólico, por ser una reivindicación largamente acariciada por el movimiento indígena, ha sido el reconocimiento del Ecuador como un Estado "...unitario, intercultural, plurinacional" (artículo 1), es decir, que incluye y reconoce en su seno a las *nacionalidades indígenas*. Pero, por otra parte, el propio Correa siempre ha desconfiado de la oportunidad de las organizaciones étnicas. En concreto sigue habiendo tensiones con el gobierno sobre todo en relación a la explotación petrolera en territorios indígenas amazónicos.

■ En **Bolivia**, ha ocurrido el ascenso más espectacular. Se inició con la llegada simbólica del aymara katarista Víctor Hugo Cárdenas a la vicepresidencia de un gobierno paradójicamente neoliberal (1993-1997) en el que se dictaron también leyes

importantes como la de participación popular, que facilitó el acceso a gobiernos municipales; y una nueva norma agraria que a la vez facilitaba el mercado de tierras y —como contrapunto— reconocía las *tierras comunitarias de origen* (es decir, territorios indígenas). Pero todo ello se enmarcaba todavía en la ilusión neoliberal que entonces seguía viva en el país.

Desde el 2000 tal ilusión se desvaneció, sobre todo a partir del mal manejo de la privatización de recursos naturales, y empezaron una serie de convulsiones y protestas sociales en que las organizaciones indígenas campesinas jugaron de nuevo un papel clave y creciente, combinando la vía electoral y la convulsión social. En las elecciones de 2002 ocurrió un salto cualitativo notable, cuando Evo Morales —otro aymara pero trasladado al área tropical de los productores de hoja de coca— quedó

segundo y a menos de 2% del vencedor, junto con casi un cuarto de los senadores y un tercio de los diputados de raíces indígenas, cifra no lograda hasta entonces en ningún otro país. Aun así poco lograban

frente al *rodillo parlamentario*, por lo que el movimiento indígena volvió a combinar su política en el Congreso con la de sus manifestaciones, marchas y bloqueos en las calles y caminos hasta que todo reventó en octubre de 2003, a partir de las muertes causadas por la represión armada a estas protestas. Jugaron un protagonismo importante las juntas vecinales de la ciudad de El Alto, apéndice pobre de la ciudad de La Paz, con 74% de aymaras. El Presidente debió renunciar y, tras dos sucesores interinos en las elecciones de diciembre 2005, Evo Morales ganó a paso de parada con 54% en la primera y única vuelta, algo que nunca había ocurrido desde el retorno a la democracia en 1978.

Resumir aquí los ya casi seis años de un gobierno liderado por el primer presidente indígena, y a la vez claramente aliado con los demás gobiernos de izquierda de América Latina (dentro de una amplia gama de modalidades), exigiría otro trabajo específico, que rebalsa el tema indígena.

Me limitaré a señalar que se distinguen claramente dos momentos en ese nuevo régimen. En el primero, de 2006 a 2009, prevalece la pugna de la nueva hegemonía frente a la oposición electoralmente minoritaria pero con el control de la llamada Media Luna, en las tierras bajas del país donde hay una mayor concentración de población no indígena y la mayor riqueza económica, sobre todo en torno a Santa Cruz y Tarija. Pero esto mismo mantuvo más compacto a todo el grupo indígena y a éste con sus aliados.

Al final esta pugna, llena de vicisitudes, la ganó el gobierno a partir del referéndum y promulgación de la nueva Constitución, no sin negociaciones políticas de última hora, después de una

intentona fallida de golpe, desactivada con la mediación de Unasur y las Naciones Unidas. Pese a esos afeites finales y a su estilo abigarrado, esa Constitución es hasta ahora la más audaz del continente desde la perspectiva de la inclusión igualitaria de los pueblos indígenas.

Se entra en el segundo momento a partir de las elecciones generales de diciembre 2009 en que Evo y su vicepresidente Álvaro García Linera fueron ratificados por un amplio 62% y en la nueva Asamblea Legislativa Plurinacional (antes Parlamento), la alianza gobernante MAS-MSM logró incluso una limpia mayoría de 2/3 en ambas cámaras. El escenario parecía óptimo para complementar e implementar lo previsto por la nueva CPE tanto para ajustar las leyes a la nueva Constitución como para el

gobierno cotidiano. Pero hasta mediados de 2011 esta ha sido una verdad sólo a medias. Como suele pasar cuando la oposición partidaria es débil frente a un partido muy hegemónico, han empezado a surgir disidencias e incluso separaciones

entre diversas corrientes dentro del MAS (como pasó con el MNR de los años 50 y 60). Las divisiones más significativas para nuestro tema son las que se han dado en el seno mismo de los movimientos populares e indígenas, a veces por sus intereses encontrados entre diversas facciones locales en asuntos muy locales, y otras veces por discrepancias entre éstos y el Gobierno o el legislativo en relación a determinadas decisiones impuestas desde la cúpula.

En esta etapa, también en Bolivia —como en casi todos los demás países— pasan a primer plano, incluso en discusiones internas del gabinete, las decisiones sobre el manejo y explotación de los recursos naturales estratégicos en territorios indígenas y, sobre todo en las tierras bajas, la doble lógica entre el *(con)vivir bien* todos de manera equitativa, más inspirada en las cosmovisiones indígenas y proclamada en la Constitución, o permitir que los más ambiciosos se lancen a proyectos más lucrativos pero a la vez diferenciadores y depredadores, para vivir algunos *mejor* que los demás.

Por esas vías, llenas de zigzags, aciertos y retrocesos, los pueblos indígenas y sus propuestas han entrado ya bastante en la agenda pública y política continental. Ya no cabe hablar de una América Latina que a la vez no sea también *Abya Yala* (la Virgen ya madura para ser fecunda), como se ha generalizado ya entre todos los pueblos originarios del continente, a partir de dos palabras de origen kuna (Panamá). Ese concepto está mucho más preñado de sentido utópico y creativo que esos otros nombres prestados desde ultramar y, además cargados de malos entendidos, como América Latina o incluso Amerindia.

---

**Por esas vías, llenas de zigzags, aciertos y retrocesos, los pueblos indígenas y sus propuestas han entrado ya bastante en la agenda pública y política continental.**

---